



**PARA UNA
ESPIRITUALIDAD
DE LA
PRESENCIA PUBLICA
CRISTIANA**

María Salas

A modo de introducción.

Al recibir el encargo de escribir este artículo, mi primera reacción fue contestar negativamente. ¿Qué sé yo de esta espiritualidad ni de ninguna otra? Después de reflexionar, me apliqué a mí misma el tratamiento que suelo emplear, con resultados positivos, en mis actividades de educación de adultos para ayudar a descubrir que todas las personas implicadas en un quehacer, sea cual fuere, saben bastante de él aunque no sean conscientes de ello. Por lo tanto, si yo me considero cristiana y obligada a mantener una presencia activa en la vida pública, algo tengo que ver con el tema propuesto y algo debo poder decir respecto de él, siquiera sea expresar mis carencias, mis dudas, mis interrogantes, mis apelaciones a otros más expertos y preparados...

Por otra parte, puesto que los laicos, y muy especialmente las mujeres, nos quejamos a menudo, y con razón, de que no tenemos oportunidad de expresar nuestra opinión en la Iglesia, no es cosa de dejar pasar esta ocasión de decir aunque sólo sea una palabra balbuciente, única posibilidad de ir aprendiendo a entablar un diálogo enriquecedor para todos.

Estas dos razones y el estímulo de algunos buenos amigos me animan a intrincarme por estos vericuetos con la segura confianza de que nadie espera de mí más aportación que unas sencillas reflexiones desde la vida concreta de cada día.

* * *

En mi infancia y juventud, la espiritualidad que se nos proponía se pasaba en no contaminarse con el mundo, malo por definición, y en prepararse para la otra vida, única importante y definitiva. Usando una expresión de Santa Teresa, probablemente mal interpretada, se nos hacía ver que nuestro paso por la historia era breve y fatigoso "como una mala noche en una mala posada". Por lo tanto, nuestro quehacer en esta vida consistía en soportar de la mejor manera posible el temporal, no haciendo mal a nadie y sin implicarse demasiado, en espera de la venida del Señor, no lejana y siempre imprevisible. Había que estar a la espera, desprendidos de todo, atentos y con la lámpara encendida.

En consecuencia, la espiritualidad propia de aquel planteamiento, en relación con el tema que nos ocupa, era el mayor aislamiento posible del mundo (acorde con el deber de estado de cada uno), una intensa vida de oración y variadas prácticas cotidianas de devoción: misa, lectura espiritual, visita al Santísimo... Todo ello ejercitado en una forma decididamente individualista. Las virtudes que se fomentaban eran la abnegación, el espíritu de sacrificio, la disponibilidad, la aceptación de la voluntad de Dios y del Superior (en los laicos del Director espiritual) y la sumisión ciega e indiscriminada al magisterio de la Iglesia.

Cuando los laicos empezaron a actuar organizadamente en la Acción Católica y en otros movimientos apostólicos y, sobre todo, cuando descubrieron, a través de los movimientos especializados, la necesidad del compromiso temporal, aquel tipo de espiritualidad comenzó a entrar en crisis.

El Concilio confirmó que "la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que

distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida el reino de Dios". Y que "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón".

Los seglares recibimos con gozo el mensaje de que teníamos nuestro propio campo de acción en el mundo, que "a los laicos corresponde por propia vocación tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios" (LG,31); que "viviendo en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida, están llamados por Dios para que, desempeñando su propia profesión y guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo, como desde dentro a modo de fermento" (LG,31).

Los obispos españoles, por su parte, en el documento "Los católicos en la vida pública" nos recuerdan que "la vocación de Dios a la plenitud de la vida en su Reino incluye también la llamada del hombre al dominio y cuidado del mundo, a la ordenación de su propia vida en sociedad y a la dirección de su historia a lo largo de los siglos, mientras dura el mundo presente. La separación o contraposición entre el interés y empeño en los asuntos o 'realidades temporales' de este mundo y los dedicados a la propia salvación eterna contraría la unidad del proyecto de Dios Creador y Salvador, deforma la vida cristiana y empequeñece la grandeza del hombre sobre la tierra".

Sabemos que el reino de Dios empieza aquí, aunque tenga su culminación en el más allá, y que los logros humanos perdurarán de alguna manera, iluminados y transfigurados, en la vida futura; que "en el 'paso' último se conservará lo que se haya construido sobre Cristo".

Era, pues, necesario no huir del mundo, sino zambullirse en él para transformarlo. Los más generosos se lanzaron a la tarea con verdadero entusiasmo y con un cierto espíritu

mesiánico, quemando sus naves cual nuevos Hernán Cortés. Algunos quisieron conciliar la antigua espiritualidad, la que conocían, con la nueva situación. Su angustia e impotencia quedó bien reflejada en la figura del sacerdote obrero protagonista de la novela "Los santos van al infierno", de Cesbron: ni logra transfigurar un mundo desquiciado y con problemas que sobrepasan sus posibilidades de acción ni consigue mantener la paz interior. Al final abandona y se vuelve a su convento a rezar por la transformación del mundo. Otros, por el contrario, han seguido en su tarea temporal, abandonando poco a poco unas prácticas que no tenían relación con su vida real. Se empezó a dudar, en expresión de *Jon Sobrino* ("*Liberación con espíritu*", pág. 11), sobre "si existen cauces automáticos y autónomos de vida espiritual o si éstos deben existir en un cauce mayor y más primigenio, que podemos denominar vida, vida histórica, vida cristiana".

Espiritualidad y "espiritualidad".

En la carta que me enviaron de la revista *Sal Terrae* pidiéndome esta colaboración, el término espiritualidad venía ya entrecomillado, sin duda para darme una pista. Efectivamente, la misma palabra puede encerrar una clave de interpretación. Como ha hecho constar *J.M.Castillo* en "*La alternativa cristiana*", en el uso habitual y corriente de nuestra lengua la palabra *espiritualidad* se utiliza para expresar lo contrapuesto a lo material y a lo temporal. Por eso, cuando hablamos de espiritualidad nos referimos a cosas propias del espíritu; pero hablando de personas humanas, ¿qué es el espíritu? Me viene a la memoria la anécdota que he oído relatar a un arquitecto al que un obispo encargó que construyese una iglesia con capacidad para mil almas. El arquitecto, perplejo, replicó: "Pero, señor obispo, yo no sé el espacio que ocupan mil almas...".

De la misma manera, no hay actividades humanas puramente espirituales. En el libro antes citado escribe *J.M.Castillo*: "en nuestra vida real y concreta -nuestra vida de seres de carne y hueso- no existe lo contrapuesto a lo material y a lo temporal. La vida humana está esencialmente vinculada a la materia y al tiempo. Desde este punto de vista, hablar de la vida espiritual o de la espiritualidad es hablar de

una abstracción, o sea, de una cosa que no existe tal como nosotros la expresamos. Porque hasta la misma vida sobrenatural no se comunica a los 'espíritus', ya que los espíritus no existen como seres en sí o como seres aislados. La vida sobrenatural se comunica a las personas. Y las personas implican esencialmente materialidad y temporalidad".

Más o menos conscientemente, hemos descubierto que lo "espiritual" se evapora si no se encarna en la vida real y concreta de las personas y los grupos. Tampoco es un descubrimiento muy novedoso, porque ya Santa Teresa afirmó que "Dios anda entre los pucheros". Los pucheros de hoy son la economía, la política, la educación, la cultura, la organización de la vida social...

El espíritu del cristiano comprometido.

Sabemos ya sin duda ninguna que el cristiano no puede desentenderse de las cosas de este mundo, que debe actuar en él para humanizarlo y hacerlo más conforme al plan de Dios, obrando con espíritu evangélico.

Aquí está el quid de la cuestión: ¿cuál es el espíritu que debe animar a un cristiano en su acción temporal? Esta pregunta ha tenido ya algunas respuestas muy autorizadas. Desde el punto de vista personal, yo sólo puedo expresar lo que a menudo he sentido que me haría falta desarrollar y lo he descubierto en otros cristianos como testimonio elocuente de fe en su actuación pública.

Como expresan nuestros obispos en el documento citado, "tanto en la vida privada como en la pública, el cristiano debe inspirarse en la doctrina y seguimiento de Jesucristo. El estilo de la vida de Jesús y de sus discípulos quedó sintetizado en las Bienaventuranzas y en el Sermón de la Montaña. Todo ello es la consecuencia de una profunda y radical actitud de amor a Dios y al hombre". Pero ¿cómo se puede concretar en nuestro tiempo y en nuestra sociedad española este estilo evangélico?

1º Amor a la justicia

La primera finalidad del cristiano que actúa en el mundo es lograr que las cosas estén donde deben estar, que todo se ajuste al plan de Dios, el cual nos ha hecho a todos hermanos

y no desea que unos exploten a otros. El amor a la justicia debe ser la primera virtud del cristiano comprometido. Ello comporta la defensa decidida e inequívoca de los débiles, de los pobres, de los indefensos, la preocupación por los marginados.

Esto lleva como contrapartida la virtud de la fortaleza, porque el que lucha por la justicia va a ser perseguido de una u otra manera. Ya veremos más adelante cómo este peso no se puede llevar en solitario, cómo hacen falta apoyos concretos, aparte, naturalmente, de la fortaleza que viene de Dios.

2º *Espíritu de humildad*

Pienso que podría llamarse así, aunque el término no tenga buena prensa a causa de algunas humildades hipócritas que lo han desprestigiado.

Me refiero al convencimiento profundo y sincero de saberse siervo inútil e imprescindible a un tiempo. Imprescindible, porque Dios ha querido actuar por medio de nosotros y cada uno tiene una misión irremplazable; inútil, porque sin Dios no se puede hacer nada verdaderamente liberador y definitivo. Actuar con todo el empeño humano, sabiendo que el mérito no es del que siembra y el que riega, sino de Dios que da el incremento.

Podría ser una versión moderna del "a Dios rogando Y con el mazo dando", siempre que no se desliguen el rezo Y el mazo. No se trata de dar cualquier mazazo y pedir a Dios que lo haga eficaz, sino de dar el mazazo que se considera más idóneo después de un serio discernimiento en el que entran en juego los datos de las ciencias humanas interpretadas a la luz de la fe. Sabiendo, además, que, a pesar de nuestro serio esfuerzo de clarificación, podemos haber interpretado mal los datos de la ciencia y/o la voluntad de Dios.

Por eso, otros cristianos, aunque pueden mostrar una gran firmeza en sus posturas, nunca son arrogantes en sus planteamientos. Actúan según su saber humano y confían en haber interpretado bien la voluntad de Dios, pero saben que pueden equivocarse a pesar de todo. Si aciertan, no se atribuyen totalmente el éxito; y si fracasan, no se derrumban,

porque saben que su plan nunca coincide exactamente con el de Dios.

No tienen, por tanto, espíritu mesiánico. Están convencidos de que su actuación en la vida temporal es absolutamente necesaria, pero saben que ellos no son los protagonistas, sino los servidores fieles. Siguen no un camino de perfección que pueda hacerles enorgullecerse de sus logros, sino un camino de conversión permanente. Por eso mismo, estos cristianos no creen que ni ellos ni su grupo (opción social, cívica o política) tengan la única solución ni el remedio seguro para la buena organización de la sociedad. Con tranquilidad de espíritu, pueden verse sustituidos personalmente en un quehacer concreto o descubrir que otro colectivo tiene mejores propuestas que las suyas.

Este cristiano no sufre "encantos" ni "desencantos". No se encanta con ninguna solución, porque sabe que todas, por definición, son limitadas, parciales y perfectibles y, por lo tanto, tampoco se desencanta cuando descubre que lo conseguido no es definitivo y que se hace preciso seguir en la brecha permanentemente.

3º *Espíritu de fraternidad*

El cristiano comprometido con las realidades temporales no es un francotirador. Aunque a menudo deba actuar solo o unido a otras personas no creyentes, se apoya en una comunidad cristiana que lo sostiene. La espiritualidad moderna, ha escrito *Harvey Cox*, es "un constante avanzar y retirarse, un constante meterse en el deber y en el conflicto del ámbito de lo secular y un no menos constante acudir al remanso de la soledad y de una comunidad que proporciona apoyo y protección" (*"La religión en la ciudad secular"*, p. 200).

Los cristianos más clarividentes saben que la actuación pública es demasiado dura para enfrentarse a ella en solitario y que el discernimiento previo necesario es harto complejo para no precisar ayuda de otros. Por eso se reúnen para fortalecerse mutuamente. Pero saben, además y sobre todo, que el Señor ha prometido estar presente cuando dos o tres se reúnan en su nombre, y por eso se constituyen en comunidad invocando su presencia.

De esta forma, el cristiano comprometido actúa no

sólo en nombre propio, sino también, en cierta manera, como enviado de una comunidad que lo apoya y lo sostiene. Comunidad que es un lugar de reflexión ante la presencia del Señor y de trampolín de lanzamiento a nuevas empresas, pero nunca un abrigo ni refugio.

El cristiano aprende a vivir en fraternidad no para defenderse de nada ni de nadie, sino para construir fraternidad en el mundo. Lucha por una mayor fraternidad construyendo espacios de fraternidad.

4º Espíritu de solidaridad

Porque vive en fraternidad en una comunidad concreta y visible, el cristiano, al actuar en el mundo, puede sentirse solidario de él, de sus gozos y esperanzas, de sus tristezas y sus angustias, sin añorar tiempos pasados ni lamentar pérdidas, reales o imaginarias, que nunca van a recuperarse. Sintiénndose solidario del mundo y sumergido en él, goza con los logros de la sociedad moderna y se siente responsable de sus desastres. Está lejos de la actitud del fariseo: te doy gracias, Señor, porque no soy como estos consumistas, opresores, hedonistas, drogadictos, armamentistas, abortistas..., sino que, como el publicano, pide perdón a Dios por su parte de responsabilidad, por acción o por omisión, en haber dado lugar a una sociedad tan injusta y alejada del plan de Dios.

Sin embargo, su solidaridad con esta sociedad no le hace cómplice suyo. Comprende a todos, pero no a todos da la razón en todo. No alardea de estar en la avanzada de cualquier movimiento progresista, sino que mira siempre hacia una tierra nueva que se nos ha prometido, que debemos construir desde ahora y que no se identifica exclusivamente con ninguna conquista social, sino que va siempre más hacia delante y más hacia arriba.

Por eso con frecuencia, el cristiano, individualmente o en grupo, se siente un poco solo e incomprendido, porque, aunque es solidario de los que luchan por un mundo más justo, no se identifica totalmente con nadie, ya que debe "obedecer antes a Dios que a los hombres" (Hech 5,29).

5º Espíritu de desprendimiento

El cristiano debe luchar por construir un mundo más

justo y, por lo tanto, debe ponerse decididamente de parte de los más pobres, más oprimidos, más débiles...

Esto exige en muchos de nosotros un espíritu de desprendimiento para renunciar libremente a una serie de privilegios y aun de derechos que chocan con otros derechos más primigenios. Individualmente se nos ha educado para saber renunciar, y muchos son capaces de hacerlo, aun con sacrificio. Más raro es saber renunciar como clase, como grupo social, como generación (los mayores que abandonan o se dejan arrebatar, pero no ceden), como sexo (los varones que todavía no son conscientes de sus muchos privilegios), como grupo religioso...

Los cristianos debemos esforzarnos en discernir si no defendemos unos privilegios de grupo cuando decimos defender derechos humanos, de la Iglesia u otros.

El desprendimiento afecta a todos, también a los pobres y los oprimidos, porque en esta sociedad tan injusta es difícil no encontrar detrás a otro más necesitado de liberación.

Siempre puede resultar sospechoso el que, sabiéndose oprimido, lucha denodadamente en favor de su liberación sin encontrar alrededor a nadie en favor del que ejercer su espíritu de desprendimiento.

6º *Espíritu de eficacia*

Comprometerse en la construcción de un mundo más humano exige no sólo dar testimonio y marcar un ideal, sino dar pasos eficaces hacia su consecución.

Los cristianos, a veces, tenemos sensación de impotencia. Lo nuestro es tan sublime, tan excelso que no corresponde a esta tierra corrompida. Los cristianos "deben adquirir verdadera competencia en todos los campos" y encontrar respuestas válidas para los diferentes problemas temporales no sólo compatibles con su fe por vía negativa (que no se opongan a ella), sino que positivamente favorezcan una vida más plenamente humana y, por lo tanto, más acorde con los planes de Dios.

Durante mucho tiempo hemos tenido la sospecha de que el espíritu de eficacia no era compatible con la espiritualidad, y todavía algunas personas y grupos muy idealistas y testimoniales desconfían de esta palabra, que les parece

poco comprometida y demasiado "tecnócrata". Sin embargo, no tiene sentido incorporarse a las tareas de la construcción del mundo si no se espera encontrar respuestas eficaces a los problemas concretos.

Eficacia con espíritu, podríamos decir. Algunos técnicos cristianos van abriendo camino. Me viene a la memoria el ecumenista británico católico Schumacher, con su "Tecnología adecuada" al servicio del hombre y los pueblos del Tercer Mundo. Schumacher no sólo ha explicado, y muy bien, cómo deben ser una técnica y una economía de calidad humana, sino que se lanzó a poner en práctica sus ideas.

Dicho esto, conviene no olvidar que existe una "eficacia de la santidad". Nos lo recuerda *Jon Sobrino* en su libro *"Liberación con espíritu"*: "Es evidente (escribe) que el compromiso con los pobres exige y busca la eficacia histórica. De ahí la insistencia en la liberación, en la promoción de la justicia, en la participación en procesos liberadores y, en casos límite, en procesos revolucionarios. Pero, sin negar nada de esto, se ha ido viendo también que la vida con espíritu, la santidad, tiene su propia eficacia histórica. Esto no se ha descubierto por especulaciones a priori, sino por constatación histórica. Por poner un solo ejemplo significativo, recordemos el caso de Mons. Romero. No hay duda de su compromiso histórico. Pero su inmenso influjo social y la eficacia de su práctica no pueden ser comprendidos sin su propia santidad personal. La conclusión es que una vida histórica 'con espíritu' no sólo no aleja a los cristianos de los problemas reales, sino que los hace más eficaces para la liberación de los pobres".

7º *Espíritu de oración*

"La vida cristiana, si no está abierta a Dios -por más que esté abierta a la Iglesia y al mundo, haga el bien aquí y allá y alivie dolores sin cuento, y por más que su compromiso terreno sea absolutamente desinteresado-, carece de algo decisivo. Si el cristiano no se abre a Dios, por más que se afane en la vida y abra sus ventanas en todas las direcciones, sus obras no llegan nunca a ser luz verdadera, no adquieren contorno ni fijeza, no pueden transparentar claramente su belleza y luminosidad" (*L. Boros: "Presupuestos de la oración cristiana"*, en *Concilium*, nov. 1972).

Estar abierto a Dios, para el cristiano comprometido con las realidades temporales, es vivir atento a su presencia; dialogar con El; contrastar con su voluntad las ideas, los proyectos, los resultados de la acción; dejarse guiar por su Espíritu; tener una vida de oración. Esto se dice muy fácil, pero en la práctica resulta poco menos que imposible. Sin embargo, algunas personas lo consiguen y ello se transparenta en su vida: son audaces sin ser temerarias; comprometidas con la justicia sin ser agresivas ni violentas; libres de espíritu sin rebeldía; profundas y comunicativas a un tiempo; solidarias e independientes; eficaces y abiertas a lo gratuito. Es claro que el Espíritu obra en ellas y viven, en medio del mundo, una vida de intensa oración.

Por supuesto, dedican tiempos determinados a la oración íntima y, entrando en su cámara, cerrada la puerta, oran al Padre, que está en lo secreto...(Mt 5,6). Pero además mantienen un diálogo casi permanente con el Señor, con quien contrastan todo su quehacer cotidiano. Ante cada nuevo compromiso dicen como Moisés: "yo no me muevo de aquí si tú no vienes conmigo". Y el resultado parece indicar que el Señor va efectivamente con ellos. El cristiano comprometido, si no quiere naufragar en un mundo demasiado opaco, debe esforzarse por conseguir un espíritu de oración, que no se logra en un día, pero que Dios, en su misericordia, no negará a los que se esfuerzan sinceramente en ello.

La oración del cristiano comprometido no es sólo personal. Con frecuencia deberá orar en grupo, puesto que analiza en grupo, discierne en grupo y se compromete a menudo con el grupo o ante el grupo.

El cristiano comprometido no separa su oración de su vida, sino que ambas van como entretejidas.

* * *

En resumen, y para concluir, pienso que el cristiano comprometido con las realidades temporales debe mantener una tensión dialéctica entre polos aparentemente contrapuestos: saberse innecesario, pero imprescindible; solidario, pero no cómplice; vinculado a una comunidad concreta, pero no

limitado a ella; seguro de que nada verdaderamente humano se perderá, pero también de que todo es posicional y perfectible; capaz de valorar a un tiempo la eficacia y gratitud; inmerso en el mundo y atento al Espíritu, de forma que, "sintiéndose ciudadano de este mundo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia y los planes de Dios".

María Salas

Tomado de: **Sal Terrae**: Revista de Teología Pastoral. Tomo 74, nº 878
(sep.1986) 621-631.

